

La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 3 de Abril de 1892.

Núm. 13.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

La Propaganda Católica

EL NIÑO ABANDONADO

(DE CHAMPILURY)

I.

¡Misera madre la que abandona á su hijo!

Dejar al recién nacido en el rincón de una callejuela y en el invierno, aunque no estuviese expuesto á morir de frío, es renunciar voluntariamente y para siempre á la porción de felicidad, satisfacciones, esperanzas y sonrisas que pudiera haberle en el mundo.

¡Muy desgraciada ha de ser una madre y mucho ha de asustarle el que la llegue á faltar un pedazo de pan para acudir á extremo tan cruel!

Bien breve es su historia. Abandonóla un seductor. Vá al taller ó á la fábrica para ganar un mezquino jornal, y teme que su hijo la impida trabajar. Algunas semanas de forzado ocio hicieronla consumir hasta el postrer recurso.

No por eso es menos culpable al abandonar á su hijo.

Nieva; el niño abandonado llora, y el frío amorata su rostro. Nadie hay á quien no conmueva este cuadro; ningún alma puede verlo indiferente. El niño abandonado despierta la piedad en el pobre, en el rico, hasta en el hombre hastiado.

II.

No, la pobre jóven no era digna de ser madre. A la que adora á su hijo todos la aman. De los cuidados que prodiga al recién nacido se cobra con usura.

No es rica: con cualquier retazo puede vestir á la criatura; los que la conocen daranla ropita con que preservar del frío al tierno infante.

¿Por qué no se confió en la caridad?

Cual si fuera un encantador, el niño hubiera arrancado una sonrisa aun á las personas que menos rien; esa sonrisa hubiera emocionado el corazón de la madre.

¡Y lo ha abandonado! ¡Y otra más pobre que ella será más sensible! Un trabajador cargado de familia llevará el recién nacido á su mujer, que le rogará que no lo deposite en la inclusa.

La que fué madre se ve obligada á huir del barrio en que vivía. Y cuando triste y desconsolada se entregue al vicio para aturdirse, no hallará sino remordimientos; incessantemente envenenará su vida el recuerdo de la lúgubre noche de invierno en la que los brazos de la criatura moviáanse fuera de la envoltura, suplicándola que no huyese....

¡Pobre mujer!

Por haber desconfiado de la bondad, su corazón está vacío para siempre; en sus ojos no habrá nunca lágrimas.

RAFAEL ALVAREZ SEREIX.

MATILDE

¡Pobre Matilde! La melancolía y palidez de su rostro, sus turbados ojos, á cuyas pupilas prestaran azul los cielos, y aquel aire sencillo y candoroso, que le era peculiar, indicaban lo tenez de la desgracia en perseguirla, mientras la felicidad le esquivaba sus halagüenos dones.

Cualquiera, reparando en lo ideal de su semblante, donde se reflejaban la bondad, el sufrimiento y la tristeza, adivinaria en aquella jóven uno de esos seres nacidos para padecer y no disfrutar nunca las sa-

tisfacciones y goces de la vida.

Sus padres murieron con pequeño intervalo cuando ella contaba pocos años, pero los suficientes para apreciar la inmensidad de esta pérdida, reparada un tanto por su anciana abuela, quien á costa de privaciones y trabajos logró educarla decentemente instruyéndola en las prácticas de su sexo.

Pero la miseria, los desvelos, y sobre todo, el tiempo, no pasan impunemente, y la caritativa vieja cayó un día enferma; con lo cual Matilde redobló sus tareas en clase de costurera, para atender á la alimentación y necesidades propias y á los gastos que la enfermedad de aquella ocasionara.

Los meses se sucedían, avanzaban los años, y la enferma empeoraba y Matilde era el blanco donde convergían las miradas de los mozos más gallardos, aunque su corazón no latía por el amor, á pesar de sus quince abriles, pues ella únicamente pensaba en cuidar bien á su abuela. Sin embargo, ésta, que la veía cercada de peligros, deseosa de mejorar su suerte, la aconsejó el matrimonio con uno de tantos admiradores.

Naturalmente, la jóven prefirió al que más fué de su agrado sin guiarse por los fines lucrativos. Su ídolo fué, desde luego, un modesto artesano, trabajador y honrado, que al anochecer abandonaba sus talleres para trasladarse á una desvencijada cuan limpia casita, donde se extasiaba con la conversación deleitosa de su amada, á través de una reja, cuya espesura no impedía á una frondosa maceta asomar sus flores por entre los hierros de la ventana, embalsamando la brisa con aromas y fragancias.

Todo allí respiraba poesía.

Los padres de Lorenzo se avista-

